

Históricas Digital

Roberto Fernández Castro

“¿Cómo enseñamos historiografía clásica?”

p. 35-56

*De historiografía y otras pasiones
Homenaje a Rosa Camelo*

Álvaro Matute y Evelia Trejo (coordinadores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2016

284 p.

Fotografías, figuras y mapas

ISBN 978-607-02-8094-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de enero de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/homenajeRC/camelo.html>

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



¿CÓMO ENSEÑAMOS HISTORIOGRAFÍA CLÁSICA?

ROBERTO FERNÁNDEZ CASTRO
Facultad de Filosofía y Letras

Mi propósito al escribir estas páginas, ha sido el interés por contribuir al estudio y enseñanza de la historiografía clásica griega y latina. Se trata de una materia que, por desgracia, durante mucho tiempo ha permanecido como un campo extraño y demasiado alejado de la mayoría de los estudiantes universitarios, cuyos cursos pasan dedicados casi por entero a tomar sólo la lección de profesores que han hecho de ella un conocimiento automático, monótono y repetitivo; pero que además se encuentran muy lejos de saber cómo reavivarlo cada semestre o cada año con estudios propios y lecturas nuevas, para convertirlos así en un ejercicio estimulante y creativo para todos. Por eso me parece que en un homenaje a la maestra Rosa Camelo, lo menos que puedo hacer es mostrar el camino que yo mismo he recorrido, en buena medida, gracias a sus enseñanzas.

En lo que sigue voy a ofrecer algunas indicaciones bibliográficas que, sin ser exhaustivas ni siquiera en español,¹ creo que valen para mostrar cómo es que contamos con amplísimas posibilidades para que, como profesores de nivel superior asumamos la tarea que nos corresponde de ser también investigadores de nuestra materia, ofrecer un bagaje más rico de conocimientos a los estudiantes y una formación más sólida como historiadores; e incluso, en una ambición mayor, hasta encaminarlos como futuros investigadores de

¹ Sólo para comenzar podríamos incluir el repertorio de Domingo Plácido Suárez, *Fuentes y bibliografía para el estudio de la historia antigua*, Madrid, Siglo XXI, 1983; y de Moses Hadas, *Guía para la lectura de los clásicos griegos y latinos*, trad. de José Esteban Calderón, México, Fondo de Cultura Económica, 1987 (Sección de Lengua y Estudios Literarios). Pero desde entonces se han publicado, sobre todo en España, un sinnúmero de herramientas didácticas de este tipo, incluyendo revistas especializadas que han hecho imprescindibles las hemerografías, tanto como los recursos de Internet, pero sólo de estos últimos sería necesario un estudio aparte.

historiografía antigua. Pero me parece que en todo esto hemos fallado desde el principio.²

En la mayoría de los planes de estudio de Historia, la historiografía ocupa un sitio entre las llamadas materias obligatorias, pero que en la realidad no obligan a nadie a nada; fuerzan al alumno a llevar una asignatura con cierto título, pero con contenidos dejados a la discreción o completa indiscreción de los profesores. Las materias optativas, por su lado, a pesar de que abren muchas más opciones para elegir, de hecho se diseñan y se imparten con una libertad mal entendida, y sin que a nadie le interese en verdad su posible articulación con el resto de las materias y con la carrera profesional en sí. Hay una verdadera ausencia de controles y de vigilancia en relación con el cumplimiento de los planes y programas de estudio aun cuando éstos se encuentran más o menos estructurados y organizados.

Yo creo que en el ejercicio de los historiadores también se ha introducido el vicio comodino de permitir que su trabajo se rija como se rigen las asambleas de los grupos políticos, bajo el principio falsamente democrático de que todos tienen el derecho a hablar y a decir lo que quieran en el mismo grado y en la misma medida. Así es como se pierden las fronteras entre lo que es una exposición y lo que es una interpretación, entre lo que es una hipótesis planteada por vía de la reflexión y lo que es una tesis que puede sostenerse con argumentos, o más elementalmente todavía, entre la tesis y los argumentos, entre las citas ajenas y las afirmaciones propias, entre lo que el otro dice y lo que quiero hacerle decir para zanjar la discusión a mi favor, entre la meta de una discusión verdaderamente reflexiva y la de una discusión en la que sólo importa imponer el punto de vista propio o en la que nadie tiene nada que perder, y sólo unos pocos pueden ganar algo.

Esta es una manera de proceder (de decir, de hablar y de escribir) que abunda no sólo en la docencia, también en la organización de congresos y en publicaciones, donde se aplica un lenguaje sin llaneza, y no precisamente por exceso de rigor teórico, sino por un esoterismo de secta, por ganas de señalarse como entendido en los resonantes tecnicismos del iluminado maestro, en lugar de aplicarse en el trabajo dirigido a las cosas y los problemas mismos. Por todos lados abundan también el alambicamiento y la pomposidad

² En lo que sigue voy a servirme de un texto inédito de Antonio Ziri6n que lleva por t6tulo "La dignidad de la filosof6a". Pienso que casi todo lo que ah6 escribi6, aplica para el trabajo universitario en las ciencias humanas en general, incluyendo la historia.

inútiles, la teatralidad y el efectismo más o menos risibles, por tratarse solamente de un ensayo tentativo, de dar una opinión en apoyo de un punto de vista aislado, de una crítica lateral a una tesis parcial, de un argumento en construcción para sostener una idea o una teoría que ya se ha perdido de vista.

Si hace algunos años, el principal problema al que se enfrentaba el maestro de historia de la historiografía consistía en hacer evidente a los estudiantes “la historicidad de los escritos históricos”, porque al iniciar sus estudios la mayoría reaccionaba con cierto recelo ante el temor de que se pusiera en peligro la integridad de la verdad histórica,³ pienso que en nuestros días el escepticismo y la sofística que permea algunos lenguajes filosóficos en boga, ha conducido a la pérdida de capacidad para distinguir entre el estudioso y su antípoda de todos los tiempos: el historiador sofista, el brillante hablador, el convencedor profesional, el fabricante de argumentos para cualquier postura llamativa y el sofista que ha podido —tras décadas de libros llenos de sugerentes y fascinantes verdades a medias— convencer a los estudiantes y a algunos estudiosos buscadores de teorías novedosas, de que ha significado un verdadero progreso mandar al despeñadero a la razón, a la verdad, a la universalidad y hasta a la misma científicidad.

Muy a tono con las teorías de la historia más divulgadas en nuestros días, la mayoría se ha congradado con el sofista y ha adoptado sus actitudes y su lenguaje. Ahora acepta con complacencia que la historiografía no sea vista más que como una “aventura de la imaginación” o, como dijo Borges de la metafísica, como “una rama de la literatura fantástica” y se entrega a fin de cuentas a lo único que cree que puede ya entregarse: a una suerte de rebuscado juego de lenguaje sin más propósito que el análisis sin fin de los juegos de lenguaje, o a una exégesis o una deconstrucción muy laboriosa e interminable, pero conscientemente encerrada en el anticipado círculo de sí misma. El socrático reconocimiento de la propia ignorancia, que es condición ineludible para emprender el camino de todo verdadero conocimiento, se ha transformado en la alegre

³ Rosa Camelo, “Los contenidos en la historia de la historiografía”, en Victoria Lerner Sigal (comp.), *La enseñanza de Clío: prácticas y propuestas para una didáctica de la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones y Servicios Educativos/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1990, p. 291-295. Para la enseñanza de la historiografía también he tomado diversas lecciones del libro de José Gaos, *La filosofía en la Universidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1956 (Colección Filosofía y Letras, 8).

resignación y ya no hay más que una multitud de pensares relativos, personales, individuales, acotados en su momento y en su espacio.⁴

Las reflexiones anteriores me parecen pertinentes porque creo que el estudio de la cultura grecolatina ha quedado relegado a un papel más que secundario, pero en los estudios históricos, en nuestros planes y programas, su presencia se reduce a una curiosidad, cuando su importancia es tan crucial que apenas cabe imaginar una respuesta acerca de nuestra propia identidad histórica, ignorando que Tucídides o Polibio no hablan hoy sino de nosotros mismos.

En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México existen tres cursos que incluyen en sus contenidos el estudio de la historiografía grecolatina. Los dos primeros son asignaturas optativas para los estudiantes de la licenciatura en Letras Clásicas: Curso Monográfico de Historiografía Griega y Curso Monográfico de Historiografía Romana. Tomando en cuenta que el plan de estudios de esta licenciatura está concebido para ofrecer una formación dentro del conocimiento global de los diversos campos culturales del mundo clásico, incluyendo la lengua, la literatura y el contexto histórico, los estudiantes de esta licenciatura se hacen de un bagaje que los acerca a los textos de los historiadores clásicos, pero sólo con los elementos de la crítica literaria, la filología, la estilística o la lingüística. El sitio que el conocimiento de la historiografía ocupa dentro del plan de estudios de la licenciatura en Letras Clásicas tiene entonces su propia problemática. A ésta no voy a referirme ahora, pero en mi experiencia impartiendo dichas asignaturas, es desde el plan de estudios que la historiografía se ve reducida a la enseñanza de la traducción y el comentario literario de los historiadores; no se contempla la posibilidad de avanzar hacia la comprensión de su sentido y actualidad.⁵

Sólo voy a concentrarme entonces en el curso que durante el primer semestre de la licenciatura en Historia se imparte bajo el título Historiografía General I, asignatura obligatoria que comprende

⁴ Algunos de estos problemas se pueden ver en Perla Chinchilla Pawling, “¿Es posible enseñar historiografía?”, *Historia y Grafía*, Universidad Iberoamericana, México, n. 9, 1997, p. 300-306; y también Íñigo Fernández Fernández, *Propuesta para la enseñanza de la historiografía en la educación media superior*, [tesis de Maestría en Historia], México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 2004.

⁵ Aunque se publicó hace varios años, creo que parte de esa problemática específica todavía puede conocerse a través de la memoria del coloquio *Las letras clásicas hoy*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1993; y en el libro de Gabriel Sánchez Barragán, *Tras las huellas de Grecia y Roma. Una técnica de investigación en filología clásica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2009.

durante un mismo semestre la historiografía griega, la historiografía romana y parte de la historiografía de la Edad Media. En términos cronológicos, el curso pretende contener alrededor de dos mil años de historiografía.

Sin embargo, el tiempo tan limitado del que se dispone para introducir e interesar a los estudiantes de Historia en la investigación de la historiografía clásica grecolatina juega, cuando menos, con otros tres factores en contra: 1) los jóvenes recién egresados del bachillerato, aun habiendo cursado éste dentro del área de las humanidades, casi nunca llegan contando con los rudimentos del griego y del latín o la posibilidad de leer y traducir en un nivel básico alguna lengua moderna; 2) en lo pedagógico es indiscutible que los recién llegados se encuentran en proceso de transición y de adaptación a su nuevo nivel de estudios, de modo que el riesgo de quedar reducidos a un tratamiento superficial de la materia es alto, a menos que se cuente con las herramientas didácticas apropiadas para encauzar y acelerar dicho proceso; y 3) en términos generales, los programas de los cursos de historiografía no mexicana poseen serias limitaciones y deficiencias. Y no me refiero simplemente a que no estén actualizados; el principal problema consiste en que los profesores de historiografía no tienen a la historiografía grecolatina, la historiografía bizantina o la historiografía de la Edad Media como objeto de sus estudios o investigaciones.

No conformes con dejar la tarea de la traducción de las obras pertenecientes a la historiografía grecolatina antigua en manos de filólogos o de filósofos, nos hemos desentendido hasta de su investigación. Lo que es más, en algunos casos, ni siquiera somos especialistas en historiografía, a pesar de que algunos se desempeñan profesionalmente como investigadores. Su trabajo, como casi toda la historiografía mexicana y como casi todas las materias que se imparten en los programas de la licenciatura y del posgrado, se limita a los estudios de tema mexicano. No voy a considerar siquiera la fácil excusa de que en México carecemos de acceso a las fuentes para el conocimiento directo de las historias de la antigüedad griega y romana, porque como espero probar, sólo con aquello de lo que sí disponemos habría mucho trabajo por hacer si se quisiera.

Tan sólo las obras de Homero y Hesíodo, así como las de los poetas líricos y dramaturgos, son testimonios vivos para conocer las experiencias prefilosóficas y no filosóficas de la historia,⁶ cuyas

⁶ Son tres obras, las que recomiendo al respecto porque se han vuelto imprescindibles con los años. Mircea Eliade, *El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición*, trad. de Ricardo

indicaciones pueden ser completadas por medio de otras fuentes, como creencias religiosas, mitos, costumbres y prácticas de los griegos.⁷ Homero habla de Cálcas y de Néstor como prototipos de los viejos héroes que meditan frecuentemente sobre las acciones de los tiempos pasados, y también hay mitos y leyendas que describen los acontecimientos que tuvieron lugar en un pasado indeterminado. Platón y Aristóteles encontraron en el canto XIV de *Ilíada* el sentimiento global de un tiempo que forma una duración continua y un pensamiento sistemático sobre los orígenes del mundo o de los hombres. Mientras que las nociones abstractas del tiempo permanecieron rudimentarias, la idea del carácter transitorio de la vida humana quedó expresada con fuerza en la célebre metáfora de *Ilíada* VI, 146-149, donde las generaciones de los hombres son comparadas con el crecimiento y caída de las hojas.

En el ciclo de la tradición oral que configura la épica, Homero aparece situado en el final de la segunda etapa de ese esquema, es decir, se trata de un aedo genial que domina la técnica de la composición oral y compone un poema monumental con magnífico sentido dramático, que supera todo lo anterior y se convierte en un hito. Pero ese monumento de madurez de la poesía oral coincide con el final de la misma, en la época en que ya se difunde la escritura alfabética. En ese contexto, el aedo, *aoidós* o “cantor”, improvisaba sus poemas con ayuda de un instrumento musical, la *kítharis*, parecida a la lira de los juglares. En cambio, el rapsoda, *rapsoidós* o “zurcidor de cantos”, recitaba los poemas acompañando con un bastón, *rabdós*, la cadencia de sus hexámetros. A diferencia del aedo, que era un auténtico “creador”, *poietés*, el rapsoda ya no improvisa, sino que recita de corrido y con gesto teatral poemas ya

Anaya, Madrid, Alianza, 1972 (El libro de bolsillo. Sección humanidades, 379); Paul Ricoeur y otros, *Las culturas y el tiempo*, trad. de Antonio Sánchez-Bravo, Salamanca, UNESCO, Sígueme, 1979 (Hermeneia, 16); y por último, Roland H. Bainton y otros, *The Idea of History in the Ancient Near East*, New Heaven, Yale University Press, 1955 (American Oriental Series, 38).

⁷ Pueden verse al respecto los capítulos pertinentes del libro de José Antonio Caballero López, *Inicios y desarrollo de la historiografía griega*, Madrid, Síntesis, 2004. Cito éste por tratarse de una obra escrita originalmente en español, pero la bibliografía del tema en otros idiomas es abundante. Además, creo que de la poesía homérica, y particularmente de *Ilíada*, tenemos en español más de una versión confiable y las muy meritorias traducciones de Alfonso Reyes y Rubén Bonifaz Nuño. En cuanto a Hesíodo, las ediciones y los comentarios que Paola Vianello de Córdova dejó de *Los trabajos y los días* y *Teogonía* son imprescindibles para cualquier curso de historiografía griega que comprenda la importancia de la historia arcaica. Para este periodo me parece que se ha vuelto imprescindible el libro de Hermann Fränkel, *Poesía y filosofía de la Grecia arcaica. Una historia de la épica, la lírica y la prosa griegas hasta la mitad del siglo quinto*, Madrid, Visor, 1993 (La balsa de Medusa, 63).

fijados en su memoria y la de su público, y es capaz de responder a las peticiones de su auditorio seleccionando uno u otro pasaje del famoso canto, o bien dar una recitación de los famosos poemas durante largas horas seguidas. La sucesión de los aedos por los rapsodas memoriosos y fieles es lo que ha facilitado la transmisión de los poemas homéricos con pocas variantes hasta su fijación por escrito en un texto canónico, como sabemos que se hizo en Atenas en tiempos del tirano Pisístrato.

Tanto *Iliada* como *Odisea* comienzan con una invocación a la musa, figura divina a la que el poeta le pide que cante o cuente los hechos heroicos. Las musas, hijas de Mnemósine, la Memoria, y de Zeus, son también invocadas en plural, en el canto II, al comienzo del “Catálogo de las naves”. Desempeñan un papel muy claro en la tradición poética. Gracias a su inspiración sabe el poeta la verdad del pasado y de lo que está más allá de su mundo, como por ejemplo todas esas noticias sobre los dioses y sus designios. Son algo así como los archivos de la información sobre el mundo heroico, distante en el tiempo, pero que el poeta puede recrear, gracias a las musas, con confiada vivacidad. Hesíodo dará nuevos detalles sobre el trato directo y personal que él tuvo con las musas, pero Homero apela a ellas como un elemento tradicional de la poesía, oficio técnico de largo aprendizaje formal unido a esa conexión con la memoria y la sabiduría divina que las musas garantizan.⁸

Homero intenta reconstruir un pasado glorioso. Sabe que sus héroes pertenecen a una edad pretérita y quiere rememorar los combates de esa Edad del Bronce con claro empeño “histórico”. No es un esfuerzo personal ni un capricho arqueológico, sino un hábito poético fundado en la tradición. En la Edad Oscura, los aedos intentaban mantener viva la gloriosa memoria de los guerreros de antaño y, con ellos, de todo un mundo de esplendor muy distinto de su propia circunstancia. Su intención es evocar con la mayor fidelidad posible las hazañas heroicas, *kléa andrôn*. Como buen aedo, Homero no nos habla de sí mismo, sino que sólo es el cantor inspirado por la musa memoriosa para transmitir los hechos

⁸ A veces no se entiende de qué modo es que la filosofía, la historia y la poesía se encuentran íntimamente relacionadas en sus orígenes. En este punto hago al menos dos indicaciones: Marcel Detienne, *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*, trad. de Juan José Herrera, prefacio de Pierre Vidal-Naquet, Madrid, Taurus, 1981 (Ensayistas, 197); y José Gaos, “Orígenes de la filosofía y de la historia en Heródoto”, en *Orígenes de la filosofía y de su historia*, Xalapa, Universidad Veracruzana, Facultad de Filosofía y Letras, 1960 (Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, 5), p. 13-58.

memorables de ese espléndido pasado en el que los héroes combatían bajo la complaciente mirada de los dioses.

Las obras de Hesíodo confirman y elaboran más las ideas homéricas, pero también las modifican y completan en algunos puntos. Él traza un esquema sistemático de días felices y desdichados, pero también de días indiferentes, sin destino (*akerioi*), acerca de cuyo valor los hombres no están todos de acuerdo. Entre los mitos que desvelan el papel esencial desempeñado por la idea del tiempo de Hesíodo, el de las cinco razas o edades del hombre figura en primer lugar. La interpretación de este mito contiene materia para la controversia porque no se puede establecer con exactitud lo típicamente exclusivo de Hesíodo y lo que toma de la tradición, pero tal y como nos ha llegado, se destaca en él la oposición fundamental entre el hombre justo y el hombre desmedido, de ahí que el orden temporal y el orden moral se encuentren indisolublemente relacionados.

El tiempo no es simplemente un fenómeno natural, sino un ordenamiento moral del universo. Después de Homero y Hesíodo abundan las fuentes de estudio sobre las ideas y las experiencias que sobre el tiempo tuvieron los griegos del período arcaico, resultando posible percibir innovaciones como la del uso de los calendarios, relacionada con la evolución política de la ciudad y de sus instituciones. Otras en cambio, se relacionan con la aparición de nuevas creencias religiosas, incluyendo las de la inmortalidad y auténticos renacimientos, así como ideas acerca del tiempo ligado a la fortuna y sus fluctuaciones. El ciclo de la aflicción/la inmortalidad inmutable. El carácter reconfortante pero destructor del tiempo (Sófocles). El tiempo que aporta el feliz olvido de las penas (Esquilo). El tiempo testigo, revelador de la verdad y juez (Píndaro y Solón). Simultáneamente, la concepción del tiempo y la actitud de los hombres al respecto ofrecieron algunas ideas nuevas en el siglo V con tres notas importantes: una conciencia más viva del pasado, ideas y teorías acerca de la evolución de la civilización y un sentido creciente del valor de la historia. En cada caso, los textos principales, aunque no los únicos, proceden de las historias de Heródoto y Tucídides.

La primera historiografía griega propiamente dicha aparece entre los siglos VI y V a.C., y por el lugar de donde surge, la Jonia asiática, es llamada historiografía jónica. En un principio se trató de una serie indistinta de *logográphoi*, o analistas de las familias y de las propias ciudades.⁹ La tradición ve en un Cadmo de Mileto,

⁹ Véase Paola Vianello de Córdoba y otros, *Oratoria griega y oradores áticos del primer periodo (de fines del siglo V a inicios del siglo IV a. C.)*, México, Universidad Nacional

presunto autor de *Ktísis Míleton kai tes óles Iónias*, al más antiguo de tales logógrafos y a Helánico de Lesbos, contemporáneo de Heródoto y autor entre otros de una *Athis* —que fue la primera historia mítica del Ática— como el último.¹⁰ Quien inicia la investigación historiográfica es Hecateo de Mileto, que vivió en la segunda mitad del siglo VI, consejero de moderación y de prudencia durante la rebelión de las colonias jónicas contra Persia, quien además de ser el autor de una de las usuales genealogías, escribió una *Periégesis* o viaje del mundo que señala el paso “de la narración mítica a la investigación geográfica, etnográfica e histórica”. La nueva actitud mental, fundamentalmente histórica, es visible en las palabras con las que inicia sus *Genealogías* “escribo lo siguiente de acuerdo con lo que a mí me parece ser la verdad, ya que los discursos de los griegos son muchos y me parecen ridículos”.

El fermento historiográfico de Hecateo prosigue con Dionisio de Mileto, autor a fines del siglo VI de la obra *Persiká o Tá katá Aareion*, narración de la historia de Persia hasta la insurrección jónica con Carone de Lampsaco, de quien se conserva algún fragmento de los anales de su ciudad (*Oroi Aamphake non*), y de una *Persiká* concerniente a la revuelta jónica y a las guerras persicas, con el lidio helenizado Xanto de Sardi, autor de *Andiaká*, obra que en la actualidad se ha perdido casi completamente, pero a la cual se acercaron los historiadores de la Edad Helénica y Romana.

Quien verdaderamente cerró esta primera historiografía y amerita el apelativo de padre de la historia (utilizado por Cicerón), fue

Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1986; en especial los artículos de Silvia Aquino.

¹⁰ En esta parte nos faltan en español los fragmentos de los logógrafos, pero en México deberíamos recordar a Alfonso Reyes, siquiera con algunos textos “La historia antes de Heródoto”, en *Obras completas de Alfonso Reyes XVII: Los héroes/Junta de sombras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965 (Letras mexicanas), p. 325-350; “La era presocrática: los historiadores”, en *Obras completas de Alfonso Reyes XIII: La crítica en la edad ateniense/La antigua retórica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986 (Letras mexicanas), p. 74-85; “Los historiadores alejandrinos” y “Algo más sobre los historiadores alejandrinos”, en *Obras completas de Alfonso Reyes XVIII: estudios helénicos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966 (Letras mexicanas), p. 173-187 y 369-432. De los autores antiguos tenemos Isócrates, *Discursos*, introd., trad. y notas de Juan Manuel Guzmán Hermida, 2 t., Madrid, Gredos, 1979-1980 (Biblioteca Clásica Gredos, 23 y 29). Y contamos con buena bibliografía en inglés que en principio puede ser tarea para los profesores, pero con tiempo y una buena guía también para los estudiantes. Por ejemplo: Lionel Pearson, *The Local Historians of Attica*, Philadelphia, American Philological Association, 1942; Truesdell S. Brown, *The Greek Historians*, Lexington, D. C., Heath and Company, 1973; Michael Attyah Flower, *Theopompus of Chios: History and Rhetoric in the Fourth Century BC*, Oxford, Clarendon Press, 1994; y Torry James Luce, *The Greek Historians*, Londres y Nueva York, Routledge, 1997.

Heródoto de Halicarnaso. Según A. Momigliano,¹¹ en términos de puro racionalismo, él es más débil que Hecateo, pero su mérito radica en que gracias a él, escribir historia será, antes que nada, recordar y registrar un asunto largo y complejo con todas sus particularidades. Debido a esta razón, Heródoto se mueve de la codificación del mito a la codificación del pasado reciente. Y da, a la combinación de geografía e investigación (“historia”) sobre los habitantes, un sentido nuevo mostrando cómo se puede hacer la descripción de países extranjeros junto con la narración de un caso que relaciona a los bárbaros con los griegos. Una vez hecho este descubrimiento, él puede permitir que actúen en su relato muchas de las sugerencias críticas de Hecateo, cuya tendencia a atenuar lo maravilloso opera también en él. Pero sus problemas de historiador son definitivamente diferentes. Para él es mucho más importante recoger nuevos hechos que criticar los ya sabidos, es más necesario dar una representación total y unitaria de los acontecimientos que examinar episodios particulares y juzgar su verosimilitud.

Para Heródoto fue determinante haber nacido súbdito del imperio persa, de una familia cuya sangre griega se mezclaba con sangre caria, en una ciudad ampliamente abierta a los influjos provenientes de Jonia, que del siglo VIII al VI había sido el centro de la vida cultural y económica del mundo griego y que en la época contemporánea mantenía contacto con las regiones internas de Asia Menor. Heródoto asistió en su primera juventud al crepúsculo de la potencia persa, viviendo en un ambiente que había participado en las luchas precursoras de este crepúsculo, y no siempre sin quererlo al lado de los persas. Estas son circunstancias que, indudablemente, tuvieron una influencia de primer orden en la formación de Heródoto y es necesario tenerlas presentes para comprender su obra.

Pero los historiadores griegos fueron más allá de la oposición esquemática o ideológica entre la sociedad primitiva o bárbara y la ciudad griega más avanzada y civilizada; Tucídides en particular, en el libro primero de la *Guerra del Peloponeso*, expresó la forma en que se efectuaba el paso de una a otra. Y aunque Tucídides ensancha la distancia entre historia, mito y poesía, insiste todavía más que Heródoto, en la necesidad de una investigación a fondo sobre la exactitud de los hechos, excluye de forma explícita el adorno poético y el “arte de contar historias” (*to muthôdes*), y declara que su objetivo es crear un “bien para siempre” (*ktêma es aiei*).

¹¹ Arnaldo Momigliano, *La historiografía griega*, trad. de José Martínez Gázquez, Barcelona, Crítica, 1984 (Crítica/Historia, 30).

Por eso la consecuencia de que el estudio de la historia como disciplina deba empezar en Grecia con las *Historias* de Heródoto, es algo que amerita un comentario amplio. Sin ignorar el carácter decisivo que tuvo el surgimiento de la polis, bajo la guía única de esta explicación, la historia como forma de practicar la política por medios intelectuales parece resuelta de un modo unilateral. Este es uno de los numerosos indicios que hacen imprescindible a Jenofonte, cuando de lo que se trata es de acercarse a los más reconocidos historiadores griegos.¹² Pero luego vienen preguntas acerca de qué pasa con los sofistas que en buena medida inspiraron a Tucídides¹³ y cuál es la importancia de lo que Platón y Aristóteles escribieron acerca de la historia.¹⁴ Se puede estudiar a ambos filósofos con especial interés si se reconoce lo que la hermenéutica filosófica ha aportado al respecto. También es necesario reconocer cuál fue la importancia de la retórica de Isócrates y los historiadores Teopompo, Éforo y Anaxímenes, qué ocurrió con los atidógrafos, qué con la historia de Timeo, etcétera.¹⁵

A Jenofonte, casi siempre se le relaciona con la aparición del género biográfico, cuando no es ni siquiera lo más característico de su obra; y si lo fuera, habría que referirse más a su *Agésilao* que a

¹² Sólo dos ejemplos: la colección *Historiadores griegos*, Madrid, Aguilar, 1969, que aun con todos sus defectos de traducción, incluyó *Descripción de Grecia* de Pausanias, *Los nueve libros de la historia* de Heródoto, *Anábasis* y *Helénicas* de Jenofonte e *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides; y, muy interesante y accesible, M. I. Finley (comp. y ed.), *The Greek Historians. The Essence of Herodotus, Thucydides, Xenophon, Polybus*, Nueva York, The Viking Press, 1959 (The Viking Portable Library, 65).

¹³ Ensayo polémico pero clave desde hace tiempo para recomponer nuestros conocimientos acerca de la vida del Tracio es el de Luciano Canfora, *El misterio Tucídides*, trad. de Javier Cabrero, Madrid, Alderabán, 2001 (Colección Sileno, 14).

¹⁴ A ambos filósofos debieran estudiarlos los historiadores con especial atención, no sólo desde la antigua tradición como hicieron François Châtelet, *El nacimiento de la historia. La formación del pensamiento historiador en Grecia*, 2a. ed., trad. de César Suárez Bacelar, México, Siglo XXI, 1979 (Historia); y Juan David García Bacca en su edición de Aristóteles, *Obras completas de Aristóteles. Poética*, introd., versión y notas de Juan David García Bacca, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1946 (Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana); también con todo lo que la hermenéutica filosófica ha aportado a partir de Martin Heidegger, *Interpretaciones fenomenológicas sobre Aristóteles (Indicación de la situación hermenéutica) [Informe Natorp]*, trad. y ed. de Jesús Adrián Escudero, Madrid, Trotta, 2002 (Colección estructuras y procesos. Serie filosofía); y Hans-Georg Gadamer, *El problema de la conciencia histórica*, 2a. ed., trad. e introd. de Agustín Domingo Moratalla, Madrid, Tecnos, 2000 (Cuadernos de filosofía y ensayo).

¹⁵ Cfr. Werner Jaeger, *Demóstenes. La agonía de Grecia*, trad. de Eduardo Nicol, México, Fondo de Cultura Económica, 1945 (Sección de Obras de Filosofía) y cuando menos para Isócrates, *Discursos*, 2 v., introd., trad. y notas de Juan Manuel Guzmán Hermida, Madrid, Gredos, 1979-1980 (Biblioteca Clásica Gredos, 23 y 29).

la *Anábasis* o a la *Ciropedia*, obras que poseen en cambio otros significados para la historia de la historiografía.¹⁶ Algunas otras menciones pertenecen cronológicamente al tema de la historiografía helenística, grecolatina y griega bajo la dominación romana: los historiadores de Alejandro¹⁷, los ya mencionados atidógrafos, Posidonio y Diódoro de Sicilia, quienes acompañan y permiten comprender mejor la importancia de la obra de Polibio.¹⁸

Dentro de la historiografía griega de la época imperial destacan Diódoro de Sicilia, quien escribió entre 60 y 30 a. C. una obra de compilación (*bibliothéke*) muy valiosa por la amplitud de horizonte (empieza por la cosmografía egipcia hasta llegar a las guerras de César en Galia) y sobre todo por haber transcrito páginas completas de historiadores anteriores, que de esta manera se salvaron de la destrucción del tiempo. Entre ellos deben señalarse Hecateo de Abdera, Teopompo, Polibio, Posidonio y sobre todo Éforo, que fue su modelo. Desafortunadamente la obra de éste se perdió en buena parte y sólo se conservan los libros I-V y XI-XX del total de los cuarenta que la componían. Después de ellos, cuando menos Estrabón y Dionisio de Halicarnaso, son indispensables para comprender la historiografía griega escrita bajo el dominio y el imperio romano, que llevaría con ellos a Plutarco, Flavio Arriano y Luciano de Samosata.¹⁹

¹⁶ Por fortuna, acerca de Jenofonte y su obra se ha escrito mucho y en español no carecemos del conjunto de sus obras, incluso de aquellas que se consideran menores o que sólo se le atribuyen. Es posible una buena apreciación de conjunto en Jenofonte, *Anábasis*, trad. y notas de Ramón Bach Pellicer, introd. de Carlos García Gual, Madrid, Gredos, 1982 (Biblioteca Clásica Gredos, 52). Además, si se quisiera considerar a Jenofonte como biógrafo no se debería desestimar lo que escribió acerca de su maestro Sócrates, y precisamente por eso, no pasar por alto su carácter didáctico: *cf.* Werner Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, trad. de Joaquín Xirau y Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

¹⁷ Otra vez recuerdo a nuestro Alfonso Reyes: “Los historiadores alejandrinos” y “Algo más sobre los historiadores alejandrinos”, en *Obras completas de Alfonso Reyes XVIII: estudios helénicos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966 (Letras mexicanas), p. 173-187 y 369-432.

¹⁸ En este caso sí tenemos en español a Diódoro de Sicilia, *Biblioteca histórica*, introd., trad. y notas de Francisco Parreu Alasà, Juan José Torres Esbarranch, Juan Manuel Guzmán Hermida, Juan Pablo Sánchez Hernández y Óscar Martínez García, Madrid, Gredos, 2001-2014 (Biblioteca Clásica Gredos, 294, 328, 353, 371, 398 y 411); y desde luego a Polibio, *Historias*, 3 v., trad. y notas de Manuel Balasch Recort, introd. de A. Díaz Tejera, Madrid, Gredos, 1981 (Biblioteca Clásica Gredos, 38, 43 y 58); e *Historias*, 4 v. [en ed. bilingüe], revisado y traducido por A. Díaz Tejera, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1972-1995.

¹⁹ Además de la bibliografía en inglés es muy recomendable, y no sólo por los capítulos especiales dedicados a la historiografía, P. E. Easterling y B. M. W. Knox (ed.), *Historia de la literatura clásica (Cambridge University) I: Literatura griega*, trad. de Federico Zaragoza

Dionisio de Halicarnaso limitó su obra sólo a Roma para demostrar que los romanos no eran un pueblo bárbaro, sino que descendían de familias nobles griegas, y por lo tanto era un pueblo digno de dominar el mundo. Sus *Antigüedades romanas* comprenden desde los orígenes hasta el año 264 a. C., integrando la obra de Polibio que se iniciaba con la Primera Guerra Púnica. Sin embargo, su obra no sólo posee un valor como fuente, también rescata el sentido estrictamente retórico de la historiografía.²⁰

El estudio de la historiografía romana, por su parte, casi siempre se reduce en los cursos de historiografía a los nombres de Julio César, Salustio, Tito Livio y Tácito. Pero de este modo resulta casi imposible el estudio a fondo de las características propias de la historiografía romana, tanto desde el punto de vista formal, atendiendo a sus características estructurales o de estilo, como a partir de la consideración de la historiografía como una actividad intelectual resuelta a través de las historias escritas y en las cuales es posible encontrar motivaciones verdaderamente significativas para

Alberich, Madrid, Gredos, 1990. Alumnos y profesores de historiografía grecolatina clásica deben tener muy presente que, desde la misma antigüedad, en estos estudios también coinciden la filología, la literatura y la filosofía, y si no, obsérvense las obras que tenemos que considerar en esta parte: de Estrabón, *Geografía*, 6 v., trad. y notas de J. L. García Ramón y J. García Blanco, introd. general de J. García Blanco, Madrid, Gredos, 1991-2002 (Biblioteca Clásica Gredos, 159, 169, 288); de Dionisio de Halicarnaso, *Historia antigua de Roma*, 4 v., trad. y notas de Elvira Jiménez y Ester Sánchez, introd. de Domingo Plácido, Madrid, Gredos, 1984-1988 (Biblioteca Clásica Gredos, 73, 74, 123, 124); pero también sus *Tratados de crítica literaria: sobre los oradores antiguos. Sobre Lisias. Sobre Isócrates. Sobre Iseo. Sobre Demóstenes. Sobre Tucídides. Sobre la imitación*, introd., trad. y notas de Juan Pedro Oliver Segura, Madrid, Gredos, 2005 (Biblioteca Clásica Gredos, 334); de Plutarco, desde luego sus *Vidas paralelas*, 10 v., trad. de Antonio Ranz Romanillos, Madrid, Calpe, 1919-1921 (Colección Universal); asimismo *Vidas de Agis y Cleómenes*, estudio introductorio, trad. y notas de Ricardo Martínez Lacy, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1987 (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, 25), una buena introducción para las *Vidas paralelas*; Plutarco, *Cuestiones romanas*, trad., exégesis y ed. de Manuel Antonio Marcos Casquero, Madrid, Akal, 1992 (Akal Clásica, 34. Clásicos Latinos); *Obras morales y de costumbres*, Madrid, Akal, 1987 (Akal Clásica. Clásicos latinos); e incluso su tratado filosófico *Acerca del destino*, introd., trad., notas e índice de palabras de Pedro C. Tapia Zúñiga y Martha E. Bojórquez Martínez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1996 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana). De Luciano de Samosata, "Cómo debe escribirse la historia", en *Obras*, trad. y notas de Juan Zaragoza Botella, Madrid, Gredos, 2002, v. 3 (Biblioteca Básica Gredos, 130), p. 219-260. Naturalmente que de Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno*, 2 v., trad. y notas de Antonio Guzmán Guerra, introd. de Antonio Bravo García, Madrid, Gredos, 1982 (Biblioteca Clásica Gredos, 49, 50), aunque esta sí es una obra reconocida dentro del género historiográfico.

²⁰ Podemos introducirnos bastante bien en el estudio de todos estos historiadores griegos y otros posteriores gracias al libro de Jordi Redondo, *Literatura grecorromana*, Madrid, Síntesis, 2004 (Literatura griega).

nosotros.²¹ La tradición analística de los siglos V al III a. C., durante el periodo de la monarquía y los inicios de la república es en este caso el punto de partida. Los *Annales Maximi* eran escritos por los Pontífices máximos sobre tablillas conteniendo sucesos políticos, fenómenos naturales y precios del pan, todos ellos enmarcados por un calendario religioso. A pesar de que los anales originales se perdieron con la invasión gala, Mucio Escévola publicó alrededor del 120 a.C. una reconstrucción de ellos. A su obra siguieron las de Quinto Fabio Píctor: *Rerum gestarum libri (Romaioon práxeis)*, una historia de Roma desde la época mítica en griego, así como las de los primeros poetas romanos que en términos generales escribieron bajo la influencia griega: Cincio Alimento, Nevio, cuya *Bellum Poenicum* trata acerca de la primera guerra púnica con una introducción de orígenes míticos de Roma y Ennio, quien en sus *Annales* adaptó el hexámetro griego al latín y contó la historia de los orígenes míticos y las Guerras Púnicas hasta el final del siglo III a. C.²²

En buena medida es gracias al recuento que Cicerón hace de historiadores griegos y romanos en su diálogo *Acerca del orador*, que conservamos los nombres de algunos historiadores romanos primitivos e incluso posteriores a las vidas de Cincio, Nevio y Ennio. Tales son los casos de Valerio Antías, Lucio Elio Tuberón y Lucio Celio Antípater, pero sin duda el personaje más destacado de su tiempo fue Marco Porcio Catón, conocido también como Catón el Censor. A él se deben unos *Origines* en siete libros que parten desde la fundación mítica de la ciudad, pero incluye por primera vez la descripción de otras ciudades itálicas.

Cicerón realizó una reflexión continuada acerca de la historiografía griega y su adaptación a la tradición romana. Sin embargo, todos sus preceptos acerca de la historia se encuentran dispersos en sus diálogos filosóficos, porque él mismo renunció a escribir una historia romana. Las obras que de preferencia permiten entender su

²¹ Cómo no recordar el libro de Georges Dumézil, *Mito y epopeya I: La ideología de las tres funciones en las epopeyas de los pueblos indoeuropeos*, trad. de Eugenio Trías, Barcelona, Seix Barral, 1977 (Biblioteca Breve. Ciencias Humanas, 397). En especial su famosa y polémica tesis según la cual, al contrario de los griegos, entre los romanos primero había sido la historia y después el mito.

²² Para Quinto Ennio, recomiendo los *Fragments*, texto revisado y traducido por Manuel Segura Moreno, Madrid, Alma Mater, 1999 (Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos). Como una obra general para este periodo, es muy valioso el libro de René Acuña, *Notas de literatura arcaica latina*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1981. Y para la historiografía romana y latina en general, de Armando Saitta, *Guía crítica de la historia y de la historiografía*, trad. de Esther Cohen, México, Fondo de Cultura Económica, 1989 (Breviarios, 480).

modelo son *Acerca del orador*, *La república* (donde cabe dedicar especial atención al fragmento conocido como *El sueño de Escipión*), *En favor de Licinio Arquías*, *Acerca del destino*, *Bruto o los oradores ilustres* y desde luego los discursos que conforman las *Catilinarias*, estas últimas sobre todo por el contraste que permiten establecer entre las perspectivas políticas de Cicerón, Julio César y Salustio.²³

Las *Vidas* de Cornelio Nepote²⁴ casi siempre son consideradas para ilustrar los inicios de la biografía en Roma; sin embargo, ésta tuvo sus antecedentes no sólo en las inscripciones triunfales romanas, también en los cultos familiares y la veneración de los antepasados virtuosos, así como en las *imagines* o discursos encomiásticos de los nobles linajes y oraciones fúnebres. De ahí que la tendencia romana hacia el retrato realista, desde finales de la República, haga aparecer a la biografía como un género muy distinto de la biografía griega. Varrón también escribiría breves *Imagines* o *Hebdomades* de hombres famosos y retratos poéticos, incluyendo personajes griegos, con el fin de hacer accesible el conocimiento de sus heroicidades a todo hombre culto. Pero es aquí donde aparece el verdadero mérito de Cornelio Nepote, en cuyas vidas, a más del mérito de un léxico preciso, nos dejó un compendio de reflexiones morales. Nepote perteneció al círculo de Pomponio Ático, y tal vez su influencia, en su colección de biografías alternó a griegos, romanos, cartagineses y persas, además de considerar tanto reyes y capitanes, como juriconsultos, oradores, poetas, filósofos, historiadores y gramáticos.

Salustio es uno de los más importantes historiadores romanos, quien frente a las obras de carácter general y de historia universal griegas realizadas por Polibio escribió, monografías relacionadas con un acontecimiento particular, y la mayoría de las veces fruto de la experiencia directa de su autor.²⁵ Salustio perteneció al partido de César y bajo su protección desarrolló una intensa actividad

²³ Para esta última cuestión, el librito de Amparo Gaos Schmit, *Páginas clásicas acerca de Catilina*, introd. y trad. yuxtalineal de Amparo Gaos Schmit, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1990 (Serie Didáctica, 2). En el caso de Cicerón, el Centro de Estudios Clásicos de la Universidad Nacional Autónoma de México ha publicado una gran cantidad de obras de Cicerón dentro de su *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*, y en especial, podemos tener un trato muy cercano con Cicerón gracias al trabajo de estudio, traducción y edición que don Roberto Heredia Correa realizó durante años hasta su fallecimiento en 2012.

²⁴ Cornelio Nepote, *Vidas*, introd., trad. y notas de Manuel Segura Moreno, Madrid, Gredos, 1985 (Biblioteca Clásica Gredos, 79).

²⁵ Parece que en el caso de Salustio esta edición sigue siendo la más recomendable: *Catilina y Jugurta*, 2 v., texto y trad. por José Manuel Pabón, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1981 (Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos).

política y militar aunque con poco éxito, pues tras el asesinato perpetrado por Bruto se vio obligado a retirarse a la vida privada. Su primera obra, *La Conjuración de Catilina*, la escribió alrededor del año 40 a. C., a la cual siguieron *La Guerra de Yugurta* y las *Historias*, aunque de esta última sólo se conservan fragmentos.

Gayo Julio César es un personaje cuya biografía bastaría para incluirlo en la historia de la historiografía aunque su obra escrita hubiese sido pobre. Lo admirable es que junto a su actividad política y militar, tuvo tiempo también para dedicarse a la literatura, y aunque de la mayoría de sus escritos sólo se tiene noticia, se conservan *La Guerra de las Galias* y *La Guerra civil*, consideradas dos obras maestras de la prosa y el estilo por su sobriedad y sencilla elegancia, y esto sin contar las descripciones geográficas y etnográficas que contiene la primera.²⁶ Es claro que César no escribe historia, pero tanto el *De Bello Gallico* como el *De Bello Ciuili*, incluido el libro con el que su lugarteniente Aulo Hircio trató de enlazar ambas, son obras históricas que inauguran un género completamente nuevo dentro de la historiografía, pero éste es, desde luego, un asunto tan discutible como apasionante y digno de investigación.

Sin embargo, las innovaciones y la tradición siempre conviven. Por eso se ha dicho que la más antigua corriente historiográfica romana de los analistas continuó, resurgió y llegó a la cúspide bajo el principado de Augusto a través del relato de los orígenes de Roma que Tito Livio historiador y Virgilio poeta compusieron.²⁷ Ambos dedicaron su vida a las letras, y aunque cercanos a Augusto, se mantuvieron alejados de la vida política activa. El problema que les fue común consistió en comprender y justificar la grandeza y supremacía romana, pero descrita con un profundo y sincero patriotismo y en un estilo artístico maravilloso. A pesar de que el mérito de Tito Livio se considera menor por recurrir sólo a otras historias ya escritas, como la de Polibio, lo cierto es que sí participó

²⁶ Julio César, *Memorias de la Guerra Civil*, 2 v., revisado y traducido por Sebastián Mariner Bigorra, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1981 (Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos); y Julio César, *Guerra de las Galias*, trad. de Valentín García Yebra e Hipólito Escobar Sobrino, introd. general de Pere J. Quetglas, Madrid, Gredos, 2000 (Biblioteca Básica Gredos, 50).

²⁷ Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, 8 v., trad. y notas de José Antonio Villar Vidal, introd. general de Ángel Sierra, Madrid, Gredos, 1990-1994 (Biblioteca Clásica Gredos, 144, 145, 148, 176, 177, 183, 187, 192); Publio Virgilio Marón, *Eneida*, introd., versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño, México, 2006 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).

de la erudición historiadora de su época junto a Varrón, Dionisio de Halicarnaso, que también escribió acerca de los orígenes de Roma, y su compatriota Diodoro Sículo, que como hemos dicho, nos dejó su monumental compilación de la *Biblioteca histórica*.²⁸

Estos últimos historiadores nos colocan ya en la historiografía imperial. Veleyo Patérculo fue colaborador de Tiberio, su *Historia* resulta excepcional porque, a diferencia de la mayoría de sus coetáneos, él no es filorrepublicano ni condena la autoridad del principado como tiranía. Durante mucho tiempo fue ignorado por sus elogios hacia Tiberio, pero nos dejó valiosos conocimientos de su gobierno.²⁹ Timágenes de Alejandría, Pompeyo Trogo, Aulio Cremucio Cordo, Aufidio Basso y Cluvio Rufo, en cambio, fueron condenados y muertos en la época de Tiberio y Nerón. Sólo de Pompeyo Trogo es que se conserva un compendio de su *Historia filípica*, realizado por Marco Justino en el siglo II d. C.³⁰ Como se sabe que Pompeyo Trogo era originario de la Galia Narbonense lo que más se ha destacado de su obra es su antirromanidad, haciendo incluso depender de ella, la concepción cíclica de los imperios hegemónicos que tanto lo acercan al mundo griego y cristiano.

Valerio Máximo representa otra excepción notable de su tiempo. *Hechos y dichos memorables* es mucho más que “una exaltación descarada de Tiberio”, como han escrito sus numerosos detractores a lo largo de los siglos. Es una compilación histórica, una colección de ejemplos y anécdotas para uso de la educación, el aprendizaje y el recuerdo de las antiguas virtudes (*mores maiorum*). Valerio incluyó, en su composición, tanto a romanos como a extranjeros griegos, de modo que su defensa de las virtudes romanas como garantía de la grandeza del imperio y su interpretación de la historia romana como la lucha de las virtudes tradicionales contra las influencias corruptoras del extranjero, representa ya un ejemplo de

²⁸ Acerca de Dionisio y Diodoro he citado en la nota 18 sus obras, en cuanto a Varrón, de quien hemos perdido su obra historiográfica, podemos apreciarlo y revalorarlo incluso como contrapunto de la tendencia impulsada por Cicerón para imitar a los griegos, en su *De las cosas del campo*, introd., trad. y notas por Domingo Tirado Benedit, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1945 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana); y sobre todo los libros que nos han llegado de *La lengua latina*, 2 v., introd., trad. y notas de Luis Alfonso Hernández Miguel, Madrid, Gredos, 1998 (Biblioteca Clásica Gredos, 251-252).

²⁹ Veleyo Patérculo, *Historia romana*, introd., trad. y notas de Ma. Asunción Sánchez Manzano, Madrid, Gredos, 2001 (Biblioteca Clásica Gredos, 284).

³⁰ Justino, *Epítome de las “historias filípicas” de Pompeyo Trogo. Prólogos*. Pompeyo Trogo, *Fragmentos*, introd., trad. y notas de José Castro Sánchez, Madrid, Gredos, 1995 (Biblioteca Clásica Gredos, 212).

lo romano puesto por encima de lo griego como extranjero y como parte de la corrupción oriental.³¹

La poesía, la oratoria y la educación se combinan también de manera permanente con la historiografía romana. En ese sentido es que Lucano, Quintiliano, Aulo Gelio, Plinio el joven y Suetonio nos permiten exponer las normas necesarias del aprendizaje y del ejercicio de la oratoria, a los cuales respondió el conocimiento histórico bajo la Roma Imperial. La erudición y la compilación de varios fragmentos antiguos, junto a la mención de multitud de autores, e incluso como en Plinio el joven, el cultivo del género epistolar, ofrecen nuevos cauces de expresión a la historiografía que se extiende hasta la época de los Antoninos. Lucano, simpatizante de la causa de Pompeyo, como lo fue también Tito Livio, escribió un poema épico en hexámetros sobre la batalla decisiva de la guerra civil: *Farsalia*, acaso la mejor historia de la guerra civil opuesta a la causa de César, responsable de una lucha fratricida y del declive de Roma.³²

Suetonio y Plinio el joven, de hecho acompañan ya a Tácito; sin duda, el mejor historiador y de más rigurosa dignidad en el Imperio Romano. En términos más o menos cronológicos, Tácito compuso primero las que se consideran sus obras menores *La vida de Julio Agrícola*, *Diálogo sobre los oradores* y *Germania*, y sólo después, o quizá en paralelo, las *Historias* y los *Anales*. Hasta donde yo he podido entender, me parece que Suetonio, Plinio el joven y Tácito pertenecieron a la generación de escritores romanos que por fin consiguió separarse del poderoso influjo de la literatura griega y componer sus obras con arreglo a la antigua tradición analística romana, pero rescatando, muchos años, estudios de las escuelas de retórica griega.

³¹ Publio Valerio Máximo, *Los nueve libros de hechos y dichos memorables*, ed. de Fernando Martín Acera, Madrid, Akal, 1988 (Akal Clásica).

³² Lucano, *Farsalia: De la guerra civil*, introd., versión rítmica, notas e índice de nombres de Rubén Bonifaz Nuño y Amparo Gaos Schmidt, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana); Marco Fabio Quintiliano, *Institución oratoria*, trad. de Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier, prologado por Roberto Heredia Correa, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999 (Cien del Mundo); Aulo Gelio, *Noches áticas*, 4 v., trad., notas e índice onomástico de Amparo Gaos Schmidt, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2006-2013 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana); Plinio el joven [Gayo Plinio Cecilio Segundo], *Epistolario (Libros 1-X). Panegírico del emperador Trajano*, ed. y trad. de José Carlos Martín, Madrid, Cátedra, 2007 (Letras Universales, 395); Suetonio, *Vidas de los doce césares*, 2 v., trad. de Rosa Ma. Agudo Cubas, introd. general de Antonio Ramírez de Verger, Madrid, Gredos, 1992 (Biblioteca Clásica Gredos, 167 y 168).

Contra la pobre apreciación que generalmente se hace de la historiografía romana posterior a Tácito, a mí me parece que hay cuando menos dos fenómenos paralelos que debemos estudiar y que ahora apenas puedo esbozar como hipótesis. El primero de ellos consiste en la plena incorporación del pasado griego a la historia romana, en particular la imagen de Alejandro Magno y su imperio, cuya herencia y restauración le correspondía al Imperio Romano como su sucesor. Es este interés el que se puede observar en la obra de Curcio Rufo que casi siempre ha sido descartada como simple biografía novelada de Alejandro Magno, pero también en su coincidencia con la aparición de la *Anábasis* de Flavio Arriano.³³

El segundo fenómeno que, insisto, sólo deseo formular aquí como hipótesis, corresponde con el descentramiento de la historiografía y la escritura de la historia del Imperio Romano escrita en las provincias. Floro, Apiano, Justino, Dion Casio y Herodiano son los historiadores que yo he tratado de estudiar bajo esta perspectiva, sobre todo porque insisten en comprender el declive de Roma, destacan las diferencias étnicas y políticas del imperio, ofrecen una visión de épocas análogas a las edades de los individuos, sobrepasan la mera exposición cronológica de los hechos y lo más importante, ninguno de ellos es romano; como no lo era —por cierto— ni siquiera Tácito, al menos de nacimiento parece haber sido galo, Floro era hispano, Apiano y Herodiano eran alejandrinos, el origen de Justino es incierto pero es probable que fuera galo y Dion Casio nació en Bitinia.³⁴ El final de la historiografía romana antigua propongo estudiarlo en las obras de Eutropio, Libanio, Amiano Marcelino y la *Historia augusta*.³⁵ Después de ellos sabemos todavía

³³ Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*, introd., trad. y notas de Francisco Pejenaute Rubio, Madrid, Gredos, 2001 (Biblioteca Básica Gredos).

³⁴ Floro, *Építome de la historia de Tito Livio*, introd., trad. y notas de Gregorio Hinojo Andrés e Isabel Moreno Ferrero, Madrid, Gredos, 2000 (Biblioteca Clásica Gredos, 278); Apiano, *Historia romana*, 3 v., introd., trad. y notas de Antonio Sancho Royo, Madrid, Gredos, 1985-1995 (Biblioteca Clásica Gredos, 34, 83, 84); Dion Casio, *Historia romana*, 2 v., introd., trad. y notas de Domingo Plácido Suárez, Madrid, Gredos, 2004 (Biblioteca Clásica Gredos, 325-326); Herodiano, *Historia del imperio romano después de Marco Aurelio*, trad., introd. y notas por Juan J. Torres Esbarranch, Madrid, Gredos, 1985 (Biblioteca Clásica Gredos, 80).

³⁵ Algunos fragmentos de la obra de Eutropio se pueden ver en Ana Ma. Aldama, Matilde Rovira y Almudena Zapata, *Introd. a la historiografía latina. Textos para su lectura*, Madrid, Palas Atenea, 1989 (Colección Libros de Investigación). Es muy recomendable el libro de Antonio López Eire, *Semblanza de Libanio*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1996 (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, 42). Y las dos obras más importantes de este periodo: Amiano Marcelino, *Historia*, ed. de María Luisa Harto Trujillo, Madrid, Akal, 2002 (Akal Clásica, 66); e *Historia augusta*, ed. de Vicente Picón y Antonio Cascón, Madrid, Akal, 1989 (Akal Clásica, 16). Yo creo

de Eunapio de Sardi, Olimpiodoro de Tebas y Zósimo, pero he pensado que se les comprende mejor bajo el predominio de la historiografía cristiana y ya no como historiadores de la antigüedad romana. Eutropio escribió un breviario de la historia de Roma desde su fundación, participó en la expedición de Juliano contra los partos, fue procónsul de Asia, Teodosio lo nombró prefecto del pretorio con más de sesenta años y el emperador Valente fue quien le encargó el *Breviario*. Amiano Marcelino y su maestro Libanio son sin duda los más importantes. De la *Historia Augusta* ya sólo puedo decir pese a ser una compilación de biografías de césares y príncipes de los siglos II y III con el modelo de Suetonio, también posee un valor interpretativo y no sólo documental.

Lo que quiero decir es que hasta la selección de las traducciones que, como profesores y como estudiantes, debemos leer han sido descuidadas.³⁶ Sobra decir que incluso los conceptos que han

que sigue siendo muy recomendable como estudio general de esta historiografía el libro de Lino Vaz Araujo, *Las concepciones historiográficas romanas en el Bajo Imperio*, pról. de Agustín Millares Carlo, Maracaibo, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad del Zulia, 1966 (Monografías y Ensayos, VIII).

³⁶ Sin restarle por completo su valor, voy a citar como ejemplo dos compilaciones de Marialba Pastor, *Historiografía griega: antología de textos*, estudio introductorio de Ricardo Martínez Lacy, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2007 (Colección Historiografías) e *Historiografía latina: antología de textos*, estudio introductorio de Ernesto Schettino, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2007 (Colección Historiografías). En el caso de Heródoto, la profesora Pastor reproduce la versión de Bartolomé Pou de 1846, acerca de la cual Carlos Schrader explicó ya que “se trata de una versión amena, pero que en general ‘recrea’ y parafrasea, más que traduce, a Heródoto. Y si cumplió su papel durante varios decenios, un simple cotejo entre el texto griego y la trad. pone claramente al descubierto su actual inviabilidad, así como la de las notas que presenta, que no responden a las menores consideraciones científicas”. Y el texto de Tucídides procede de una versión que hasta el propio Martínez Lacy comenta del modo siguiente: “la traducción de Diego Gracián de la obra de Tucídides es mala y de difícil lectura”. La introducción de Ernesto Schettino, por su parte, inserta el asunto historiográfico en el conjunto de la cultura romana, pero con una terminología procedente del materialismo histórico que hace de la lucha de intereses individuales, de facción, de clase y de partido el denominador común de la historiografía romana. Por eso creo que siguen siendo rescatables las advertencias de Wenceslao Roces: “Algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua”, en Álvaro Matute (comp.), *La teoría de la historia en México 1940-1973*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974 (SepSetentas, 126), p. 152-172. Y para la reflexión historiográfica, mucho se antojaría poder contar con ensayos como el que Emilio Lledó dedicó a la filosofía hace ya varios años: “El lenguaje filosófico griego: hacia una revisión de la terminología filosófica”, en su libro *Filosofía y Lenguaje*, 2a. ed. ampliada, Barcelona, Ariel, 1974 (Ariel Quincenal, 32), p. 47-72. Y si de antologías se trata, me parece mucho más meritoria la de Manuel Ordóñez Aguilar, *Historiografía de la antigüedad clásica. Antología*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores, Acatlán, 2010, Disco compacto.



servido para explicar y dar cuenta de las sociedades antiguas y de su historiografía, lejos de permitir una verdadera comprensión que descansa en estudios sólidos y continuados, encubren su conocimiento e impiden la apropiación de un pasado que también nos constituye. Apenas cabe preguntar por el método que podríamos aplicar para comprender todo esto; para mí sólo hay una respuesta: leyendo e indagando. Me parece que sólo de ese modo podríamos enseñar a los estudiantes a dialogar con el mundo, con los demás y sobre todo, consigo mismos.

